

su trato, y no acertáis á distinguirlo entre los demás mortales. ¿Dónde está? Aquí, allí, arriba, abajo, en todas partes; es el vulgo de la incredulidad, el somatén de la filosofía, la hez de la ciencia, la fisonomía contemporánea más común y más propia de la civilización moderna.

En verdad, no es el tipo de una especie, sino más bien la vera efigies de una generación. Es la epidemia filosófica, el contagio científico; los más crasos errores incubados en la más crasa ignorancia.



CONCLUSIÓN

—

I.

LUZ.

ACABAMOS de ver los esplendores con que el gran mundo ilumina el cuadro de la vida moderna, y las sombras con que la ciencia llena de obscuridades los entendimientos del día. Por una parte, el espectáculo de las costumbres; por otra, el cuadro de las ideas.

Dos grandes disipaciones que forman el caos moral en que nos agitamos: la disipación de la vida por medio de los placeres; la disipación de los entendimientos por medio de la ciencia.

Allí todos los apetitos; aquí todos los errores.

La gran ciencia proclama la doctrina, y el gran mundo la realiza.

De esta manera se unen el alma y el cuerpo de la sociedad en que hemos nacido.

Estos dos elementos se desenvuelven dentro de un mismo orden. Para la gran ciencia, lo más verdadero es el último error; para el gran mundo, lo más bello es la última moda. La ley de la novedad los lleva como de la mano.... ¿Adónde?... A todas las extravagancias del orgullo y del lujo.

En uno y otro se encuentra la doble libertad de la razón y de las costumbres.

Se puede decir que son las dos facciones más características de la fisonomía de nuestro siglo.

Suprimase ese conjunto de fastuosidades de que se compone la vida, siempre amena, del gran mundo, y los espectáculos perderían los más brillantes espectadores, y los éxitos sus más espléndidas comparsas.

Suprimanse, del mismo modo, los delirios de la ciencia libre, y toda esa inmensa ignorancia, ilustrada por los errores de la filosofía, caerá por su propio peso, y el siglo XIX quedará reducido á ser un siglo de poco más ó menos.

Por precipitado que sea el paso con que caminemos á la dicha universal, el vulgo de las gentes no ha conseguido todavía deshacerse de la antigua preocupación de que esta vida no es más que un valle de lágrimas, y, quieras que no quieras, hoy por un motivo, mañana por otro, so pretexto de esa multitud de penas que afligen al género humano en su tránsito por la tierra, vive llorando, como si tal cosa, como si acabáramos de nacer, como si los adelantos del siglo no hubiesen hecho

del valle de lágrimas un valle de delicias. Aún hay, pues, quien se aflige, quien padece, quien llora, quien se desespera; gentes que se mueren y gentes que se matan. Ahora bien: proscribáse la fiesta perpetua del gran mundo, ese anuncio permanente de las dichas que nos esperan, esa propaganda de lujo, de disipación y de felicidad, y el resto de los mortales sucumbirá de pura tristeza.

Sería injusto negarle la influencia que ejerce en la vida moderna. Su ejemplo es una enseñanza continua; más aún, un estímulo constante hacia todos los goces de la tierra, porque es el incentivo de todos los apetitos. Jamás sabremos agradecerle el afán con que transforma á nuestros ojos los duelos en fiestas, las catástrofes en regocijos, las tristezas en alegrías.

Pocos años hace que acudió en tropel á buscar en París el placer de las emociones fuertes. ¡Ya se ve! : el París que se le ofrecía no era el París de siempre: precisamente acababa de pasar por una terrible transformación; el gran *Mabille* del mundo civilizado se hallaba convertido en ruinas. Había pasado por allí la tempestad de la guerra: Prusia había estampado en él el sello de sus armas victoriosas, y se veía marcado por el hierro candente de la *Commune*. Aquel París tan espiritual y tan voluptuoso había tenido que comerse hasta las ratas, para seguir viviendo.

Era preciso tener un bolsillo demasiado insensible para no acudir presurosos al gran teatro de

la doble catástrofe, á llorar con lágrimas de oro los estragos producidos por los últimos adelantos de la química, de la física y de la mecánica, aplicados al arte glorioso de la guerra; arte absolutamente necesario para afirmar y sostener sobre la culta Europa el derecho individual ó colectivo, pero siempre ilegible, del más fuerte. No podía ser persona de buen gusto la que al mismo tiempo no acudiese á la capital de Francia á admirar los sorprendentes efectos del petróleo, considerado como agente luminoso en el primer ensayo del último acto de la civilización moderna.

Ello es que el gran mundo se despobló, si puedo decirlo así, y acudió presuroso á cubrir con todas sus magnificencias las ruinas del desastre. Ciertamente era una novedad digna de su fausto. La catástrofe se convirtió en fiesta: París vendía caro el espectáculo de sus ruinas, y el gran mundo se apresuró á comprarlo: se acudía allí como á un teatro. Venía á ser como una Exposición algo más original que las demás Exposiciones, como el estreno de una ópera ó como el *debut* de un cantante. Del estrago mismo brotó inmediatamente la vida, la animación, la alegría, y las mismas ruinas, ennegrecidas por el incendio, debieron sonreírse, satisfechas de aquella ovación del gran mundo.

¡Qué sería de la tierra que hoy pisamos, si arrancaran de nuestros ojos ese pedazo de cielo que nunca se nubla!

Es la luz que nos ilumina.

II.

SOMBRA.

Pues volvamos la vista á la filosofía.

No es una ciencia adusta y severa que nos impone el deber de rendir homenaje á la verdad. Al contrario: es una ciencia condescendiente, que nos autoriza á hacer de nuestra razón el uso que más convenga á nuestros apetitos. Suprimid la sombra de sus errores, y nuestro siglo se queda á obscuras.

No hay que quemarse las cejas en desenredar el hilo enmarañado de sus teorías. ¿A qué tomarse tan inútil trabajo? Cada uno de los sistemas filosóficos que nos ofrece es simplemente un *rompecabezas*. Todos sus principios se reducen á uno solo; á saber: el hombre es dueño absoluto de su razón, y puede hacer de ella mangas y capirotos. Esto es dogmático en la ciencia que llamamos moderna.

Una vez establecido el principio, las consecuencias se deducen ellas mismas sin necesidad de acudir al razonamiento, y las consecuencias son, en resumen, el estado moral en que nos encontramos, que principalmente consiste en esta familiaridad que hemos contraído con todas las iniquidades; en esta transacción continua con toda perversidad. Aflojados los resortes de la conciencia, la maldad nos parece la cosa más natural del mundo.

Si en medio de nuestro triunfal camino nos vié-

semos sorprendidos por una gavilla de malhechores, imitando al cómico personaje de la *mansión del crimen*, les guñaríamos los ojos, les echaríamos el brazo por el cuello, y saldríamos del paso diciéndoles al oído: —¡Eh!.... ¡chist!.... Nos entendemos. Nosotros también somos ladrones.

Y esta holgura moral en que vivimos, esta amable condescendencia con que nos prestamos á todas las complicidades, y este dormir á pierna suelta en medio de los más grandes trastornos, es un beneficio que le debemos al espíritu filosófico de nuestro siglo, y es el rasgo más característico de nuestra fisonomía.

Las agitaciones sistemáticas del mundo político, las degradaciones de las dignidades, el rebajamiento de los caracteres, la codicia que nos enciende y el egoísmo que nos hiela, no están tanto en nosotros como en el aire que respiramos, son los frutos que producen las semillas sembradas por la filosofía; la deliciosa corrupción, en que tan fastuosamente nos revolcamos, no se puede decir que es un resultado puramente empírico, porque es en su conjunto la consecuencia científica de la filosofía moderna deduciéndose á sí misma.

En las academias, en las universidades, en los libros...., palabras, palabras, palabras.... En la vida de la sociedad, hechos, hechos, hechos. Las abstracciones de los ideólogos se traducen ya en la lengua común del vulgo, y su acción deletérea se siente lo mismo en los clubs que en los salones, lo

mismo en los cafés que en las tabernas, en las artes, en la literatura, en la industria, en los negocios, en las leyes y en las costumbres. Ha penetrado hasta en el seno mismo de las familias, arrojando á nuestra propia consideración el cuadro moral de la sociedad en que vivimos.

Ahora bien: suprimid esa esencia, y habréis suprimido el espíritu que nos anima.... ¿Qué haremos entonces de nuestra ignorancia?... Quitadle á nuestro siglo el honor de esa ciencia que empieza en las universidades oficiales y acaba en la *Commune*, y adiós civilización moderna.

Por una parte, la filosofía de la razón libre nos dice:

«He ahí la ciencia.»

Por otra parte, el gran mundo exclama:

«He aquí la vida.»

Y la ciencia se mete en nuestro entendimiento, y apagando la luz de la razón natural, nos dice de continuo:

«Duda.... Duda.»

Y el gran mundo, abriendo los brazos, como si quisiera decir todo esto es mío, nos repite á cada instante:

«Goza.... Goza.»

La última conclusión de la ciencia enaltece al hombre, diciéndole:

«Tú eres tu propia divinidad.»

La última palabra del gran mundo parece que es esta:

«No hay más cera que la que arde.»

Ahora bien: si la ciencia nos diviniza, ¿quién no cae de rodillas delante de sí mismo? Y en este caso, las solemnidades del gran mundo son el culto que nos tributamos.

Habrà quien diga que la duda es la sombra del entendimiento, y la embriaguez de los placeres la tristeza del alma. ¿Y qué? El hecho patente que se nos manifiesta es el regocijo universal en que vivimos.

III.

BOCETO.

Tenemos, pues, bosquejados en el presente tomo los dos rasgos dominantes que dan á las fisonomías contemporáneas el aire que constituye su peculiaridad. Son las líneas fundamentales que distinguen al hombre de nuestro siglo, y que, digámoslo así, engendran la diversidad de perfiles que me he propuesto trazar en un nuevo volumen.

Los tipos que al terminar este tomo ofrezco continuar en el que ha de seguirle, no son enteramente originales, porque la especie humana no es en verdad nueva en el mundo, y sería difícil encontrar un modelo que no tuviese su filiación en la antigüedad más remota.

El hombre es siempre el mismo, y no hay forma de hacerle variar de naturaleza. Pero aunque

la familia es la misma, las especies varían según la indole de cada época. No hay error que pueda justamente atribuirse el mérito de la novedad, ni vicio que pueda presentarse á nuestros ojos como cosa nunca vista; por consiguiente, sería una pretensión excesiva el intento de apropiarnos la preeminencia de una singularidad, que, dicho sea con franqueza, no nos pertenece.

Somos, por lo tanto, hombres como los de todos los siglos, modernos sin duda alguna, pero vaciados en el molde viejo. La sociedad que formamos no es ciertamente un conjunto que se salga del cuadro general de la especie humana para hacer rancho aparte, so pretexto de que es una especialidad en su género. Somos una sociedad pura y singularmente pagana, ignorándolo, y tal vez sin querer serlo.

Así es que los tipos que en ella sobresalen, dándole cierto aspecto de originalidad, son tipos antiguos, pasados en cuenta, conocidos en todas las épocas, por más que varíen los accidentes con que se nos presentan y las denominaciones con que se designan. Las especies son las mismas, aunque se parezca poco la manera de sus generaciones, digámoslo así, espontáneas, exclusivamente producidas por la fecundidad de nuestro siglo.

Mas á pesar de que cada una tenga su antigua y respectiva genealogía, la civilización que disfrutamos, vaciándolas en su molde particular, las reviste de cierta originalidad, que es, como si dijé-

ramos, el sello de la época, la fecha y la firma del tiempo presente.

Es presumible que si las generaciones que nos han antecedido en el curso de la vida levantarán la cabeza, sorprendidas por el espectáculo que ofrecemos, dudarían al pronto de la fidelidad de sus ojos, y creerían haber resucitado en un mundo que jamás habían conocido.

Al primer golpe de vista, no pasando de la capa exterior de las cosas, no se nos puede negar la originalidad. Somos unos personajes *sui generis*, cierto. Podemos hombrearnos entre nosotros mismos, ni más ni menos que si fuésemos los fundadores de un nuevo linaje humano. Nuestro aire de desdén hacia todo lo pasado; nuestro aire de protección hacia todo lo futuro, nos dan tan marcado aspecto de superioridad, que no podemos negarnos el valor de nuestra importancia en el mundo.

Casi estamos convencidos de que, suprimida nuestra generación, la especie humana permanecería aún en el estado elemental, rudimentario, de que la ha hecho salir nuestra presencia en el teatro de la vida. No sé por qué especie de revelación, hemos llegado á saber que están confiados á nuestras manos los destinos del mundo. Una omisión en el orden de sucederse las generaciones, un olvido involuntario que nos hubiese dejado como cosa perdida en el fondo de la nada de que hemos salido, y la rehabilitación del hombre sobre la tierra por medio de la civilización moderna, habría

sido imposible; porque, échese por donde se quiera, ¿qué sería del progreso humano sin nosotros?

Nadie nos disputa la singular preeminencia de haber venido á ser sobre la tierra el principio y el fin de todas las cosas. Los que nos han antecedido no han hecho más que vivir; nosotros hemos venido á crear, y los que nos sucedan se lo encontrarán todo hecho. Hemos aplazado algunas soluciones científicas para el día de mañana; pero no son más que unos cuantos problemas que se resolverán por sí mismos. Nuestra posteridad se pasará la vida mano sobre mano; podrá dormir á pierna suelta en el lecho de todos los placeres, y todo será entonces coser y cantar. La felicidad futura del género humano será obra nuestra.

El hombre, pues, de nuestro siglo descubre, en efecto, una fisonomía particular, ó, por lo menos, una expresión que, si es posible decirlo así, lo va señalando con el dedo. Su aire de superioridad y de suficiencia lo haría intolerable en cualquiera otro siglo, y he ahí, sin duda, por qué ha nacido en el suyo.

En cualquiera situación que se le sorprenda, de cualquier modo que se le mire, siempre nos da el mismo resultado:

Todo lo sabe, todo lo quiere y todo lo puede.

Parece que posee la tierra por derecho de conquista.

Si alguna vez se digna mirar al cielo, es como

el conquistador que contempla el arco de triunfo que ha levantado á su paso la victoria.

Pues ¿quién le tose á él teniendo, como quien dice, en su mano los adelantos del siglo?... Corre como el rayo, vuela como el aire, y nada como las olas. Todo el espacio es suyo. Si no ha hecho ya excursiones á los diferentes planetas que giran sobre nuestras cabezas, es porque asuntos importantes lo detienen por ahora sobre la tierra, y el orden es indispensable en su sistema, en razón á que primero es una cosa y luego otra; porque su actividad no tiene tiempo para hacerlo todo á la vez; pero entretanto ha desamortizado el universo, sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad, y se ha incautado de la naturaleza como de casa sin dueño. La creación ya es suya, y puede ir de astro en astro y de planeta en planeta, como Pedro por su casa. Si pide la luna, habrá que dársela, puesto que le pertenece. Así lo ha innovado todo, y todo lo que nos rodea parece nuevo.

Es un ser original, casi extraordinario y casi increíble.

Tal es nuestro boceto.

IV.

ADVERTENCIA.

Del boceto rápidamente bosquejado en el capítulo anterior, salen, con ligeras alteraciones en el movimiento de las líneas y los contornos, la

variedad de fisonomías que nuestro siglo nos presenta con toda la originalidad que les corresponde.

Hemos convenido, con pasmosa seriedad, en que desde Adán hasta la Revolución francesa de 1789, el género humano ha venido andando á tientas, cayendo y levantando en el camino de su perfección, y sin dar en el clavo, esto es, sin encontrar la fórmula algo complexa con que resolver el arduo problema de lo que llamaremos la felicidad del hombre sobre la tierra.

Esta fórmula la ha encontrado al fin la filosofía en este *imperativo categórico*: REALIZA TU CREENCIA. Lo cual, traducido al castellano, quiere decir: Goza según tus apetitos, hasta que revientes. El gran mundo es el ejemplo vivo de este principio filosófico puesto en acción. Ahora bien: el principio nos empuja y el ejemplo nos atrae; pero nos falta un tercer término indispensable para obtener la felicidad, que es la *x* del problema; esto es, *la realización de la esencia*.

Este tercer término es el medio de ejecución, el requisito *sine qua non*, la realidad del oro. El oro, pues, como ahora ridículamente se dice, es el objetivo que atrae nuestras miradas y ocasiona nuestros afanes. Es, al mismo tiempo, el punto de apoyo y la palanca con que hemos de levantar hasta las estrellas el mundo de nuestra felicidad. Oro, y somos felices.

Pero bien: el oro no suele caer por la chime-

nea, y hay que buscarlo esté dondequiera, y hay que adquirirlo sea del modo que sea.

Tal es el resorte que da movimiento á las figuras que componen el cuadro propiamente dicho de la vida moderna. Así es que la primera figura que va á sonreirnos en las primeras páginas del libro que después de éste nos espera, es la del *Economista*, especie de mago, que por medio de conjuros científicos hace brotar por todas partes ríos de oro.

Detrás del *Economista*, nos guiará el ojo el *Bolsista*, personaje absolutamente indispensable para el alza y baja de los fondos públicos, como lo son los *puntos* en las casas de juego.

Detras del *Bolsista* aparecerá el *Banquero*, como expresión de la ganancia en toda la plenitud de un bolsillo bien repleto.

Más allá, de la misma manera que la muerte está en el último término de la vida, encontraremos la figura sepulcral del *Espiritista*, gran evocador de espíritus, que habla con los muertos con la misma intimidad con que pudiera hablar con su vecino.

El hombre político es ciertamente el personaje más vulgar de nuestra época, y por lo tanto el que parece más propio de ella; pero presenta bastante originalidad para que pueda quedarse en el tintero.

Son muy curiosas las variedades que esta especie presenta, y conviene conocerlas.

Debajo del hombre político, como la semilla debajo de la tierra, descubriremos lo que debemos llamar *el tipo anónimo*, ser misterioso, que se multiplica en las entrañas de la sociedad, que lo sentimos y no lo conocemos; especie de mano invisible que penetra por todas partes; sombra realmente fantástica que se desvanece al tocarla, cuya existencia reconocemos, no en lo que deja, sino en lo que se lleva.

Necesitaremos una tercera serie para diseñar otras fisonomías no menos curiosas ni menos propias de nuestra época.

El *Orador* de nuestros días viene á ser poco más ó menos el sofista bizantino de los últimos días del bajo imperio, pero ofrece circunstancias particulares que le dan un carácter de actualidad incontestable.

El militar vaciado en el molde moderno merece también una estatua, un busto al menos en esta galería de especies contemporáneas.

Á pesar de que la sociedad formada por la civilización moderna arroja de su seno á los reyes, como arroja el mar los cadáveres de los naufragos, claro está, después de haberlos ahogado; todavía por la acción mecánica de un galvanismo especial, las testas coronadas se sobreviven, y, sea como quiera, andan, comen y duermen, únicas prerrogativas que las constituciones entrantes les conservan, y no es posible negarles aquellos contornos que más particularmente los determinan dentro del

cuadro de las fisonomías más propias de nuestro tiempo.

Al terminar este ligero volumen, hago la advertencia de lo que ha de verse en los sucesivos, para que el lector sepa con quién va á encontrarse. Teniendo en cuenta que debajo de estos bocetos no hay ningún nombre propio, porque yo no dibujo personas, sino especies.



HECHOS Y DICHOS